El secreto adamantino

CYNTHIA ABARRATEGUI GARRIDO

Estrella Editorial

Primera edición en esta colección: abril de 2021

© Cynthia Abarrategui Garrido, 2021
© de la presente edición: Estrella Editorial, 2021

Estrella Editorial
c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona
Tel.: (+34) 93 494 79 99
www.estrellaeditorial.com
info@estrellaeditorial.com

Depósito legal: B 3032-2021
ISBN: 978-84-18582-17-2
IBIC: FA

Printed in Spain – Impreso en España

Realización de cubierta y fotocomposición:
Grafime

El papel que se ha utilizado para imprimir este libro proviene
de explotaciones forestales controladas, donde se respetan
los valores ecológicos, sociales y el desarrollo sostenible del bosque.

Impresión:
líberis

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas,
sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas
en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares
de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir
algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Esta es una novela cuya trama es pura invención. Sin embargo, me parece importante destacar que la información científica e histórica, que se entreteje con la historia, está basada en numerosos artículos y documentales.

Por añadidura, aunque los personajes principales son imaginarios, sus nombres de pila han sido elegidos como un homenaje a personalidades pioneras y referentes en numerosos campos de la ciencia, como es el caso de Margarita Salas (biología molecular), Marie Curie (física y química), Isaac Newton (física y matemáticas), Hilda Petrie (arqueología), Sofía Kovalévskaya (matemáticas), Santiago Ramón y Cajal, Leonardo da Vinci y Thomas Edison (científicos multidisciplinares).

Tengo, además, la esperanza de que el trayecto a través de las páginas de esta novela sirva para despertar y potenciar esa maravillosa cualidad llamada curiosidad, fuente de inspiración y de creatividad.

Sumario

1. El descubrimiento 11
2. ¿Cuántos años tienes? 25
3. Huesos y dientes 43
4. La niña desaparecida 67
5. Una duda razonable 89
6. Con mucha pastita 109
7. En la sombra 147
8. ¿Colmillo? 173
9. Pastas y una hipótesis. 199
10. El sacamuelas y las gemas 227
11. Edad y juicio 253
12. El olvido 279
13. Ataduras metálicas 307
14. Algo inesperado 331
15. Un secreto y una hipótesis 345
16. El maestro 371

I
El descubrimiento

Isaac a lo lejos no para de ladrar. Y entonces, Santiago exclama:

—¡*Calocybe gambosa*! ¡Qué suerte haberlas encontrado! Fijaos bien, se las reconoce por tener el sombrero entre blanquecino y marrón y un pie de color blanco mate. Suelen estar casi siempre en grupos y son muy sabrosas y apreciadas, además de caras —explica Santiago bajo la atenta mirada de sus dos hijos, Thomas de once años y Marie de dieciséis, respectivamente.

Santiago se arrodilla, corta con su navaja las setas por el pie, y las mete en la cesta de mimbre que ha dejado en el suelo a su lado. El mimbre es idóneo para los amantes de la micología, ya que permite que las esporas de la seta, al colarse por sus huecos, sean diseminadas por el propio recolector por todo el campo mientras este va caminando.

—A ver qué estás cogiendo —dice Sofía—. No quiero que nos envenenes.

—Llevo treinta años cogiendo setas y, después de más de quince años de casado, ¿me vas a decir ahora que no

sé distinguir la seta de San Jorge? —replica Santiago—. Estas son especialmente exquisitas. Ya lo verás cuando las pruebes —añade mientras sigue recogiendo setas de manera compulsiva.

Estamos a comienzos de la primavera. El día se presenta soleado y con una temperatura suave, después del episodio de intensas lluvias que ha durado toda una semana. Todo parece en calma, salvo los incesantes ladridos de Isaac que, lejos de cesar, aumentan de frecuencia e intensidad.

—¿Qué le pasa a ese perro? —pregunta el abuelo Leonardo.

—Parece que ha encontrado algo. Vamos a ver qué es —propone Sofía.

Todos se encaminan hacia donde se halla Isaac para comprobar qué es lo que le está llamando tanto la atención.

—A lo mejor ha encontrado trufas —dice Santiago.

Según se van acercando, Isaac cada vez ladra con más impaciencia, sin apartar la mirada del agujero que ha hecho.

—Tiene que ser una trufa muy gorda —concluye Santiago.

—A lo mejor ha encontrado un tesoro —propone Thomas.

—Lo más lógico es que sea un hueso —deduce Marie.

Y efectivamente, de entre la tierra, al pie de un gran árbol, asoma UN HUESO. Pero no es un hueso cualquiera… A primera vista parece la mandíbula de un ser humano. Todos se sobresaltan al ver que, incluso, conserva algunos dientes.

—¡Un cadáver! —exclama Thomas.

—Yo diría que es un resto humano. ¿Y qué hacemos ahora? —pregunta Santiago rascándose la coronilla.

—De momento apartar a Isaac de aquí —dice Sofía cogiéndolo por el collar y llevándolo hasta unos arbustos cercanos.

El resto de la familia se queda de pie junto al agujero mirando el hallazgo óseo que asoma entre la tierra.

¿De quién será? ¿De un hombre o de una mujer? ¿De un niño o de un adulto? ¿Cuántos años tenía? ¿Cómo murió? ¿Cómo han llegado sus restos hasta aquí? ¿Cuánto tiempo lleva enterrado? Hay mucho por averiguar…

—Deberíamos avisar a la Policía —propone Sofía al volver junto a ellos.

—Es un resto humano. Hay que avisar a la Guardia Civil —corrige Leonardo.

—¿Habrá trufas por aquí? —comenta Santiago alejándose un poco para escudriñar el terreno.

Isaac está olisqueando y orinando en un arbusto. Thomas sigue mirando fijamente la calavera.

—Thomas, ¡ni se te ocurra tocar eso! Que te veo las intenciones —advierte Sofía.

—¡Jo, mamá!

—¡Ni jo, ni ja! —exclama Sofía zanjando así la conversación.

Marie observa con resignación el cuadro que tiene delante y decide actuar por su cuenta.

—Tranquilos. Ya aviso yo a Agustín.

* * *

Agustín, el guardabosques, está de pie frente al agujero y observa con desgana los restos óseos encontrados por Isaac.

—¿Y si lo volvemos a enterrar y aquí no ha pasado nada? Me ahorraríais un montón de papeleo. Esto es un marrón de los gordos. Estoy acostumbrado a recoger bolsas de plástico, botellas, latas y esas cosas que la gente va dejando tiradas en el campo, como si se fueran a recoger solas, pero… ¿Esto?

Santiago no puede creer lo que acaba de oír.

—Agustín, que no estamos de broma. Puede tratarse de un hallazgo importante. Imagínate que son los restos de una persona desaparecida que la Policía lleva muchos años buscando.

—Que os digo que es un marrón. Ya verás, periodistas, televisión, policía, hasta los de la memoria histórica son capaces de venir aquí. Total, por el color amarillento, el tamaño y los pocos dientes que tiene, creo que es un neandertal de un millón de años.

—Toma rigor científico —dice Sofía.

—Año arriba, año abajo —concreta Agustín.

—Para que lo sepas —prosigue Sofía—, hace un millón de años no existían los neandertales. Se cree que evolucionaron desde una especie anterior de homínidos hace en torno a doscientos cincuenta mil años y desaparecieron hace unos cuarenta mil años, aunque recientes estudios apuntan a que pudo haber neandertales en Gibraltar has-

ta hace veintiocho mil años —y añade sin vacilar—. Lo mejor es avisar a la Policía y que ellos se encarguen de las investigaciones.

Ante la firmeza de Sofía, Agustín, quien ya hace rato que ha dejado de hacer honor a su nombre, decide obedecer y llama al cuerpo policial.

* * *

La oficial de policía Margarita Hojaseca y el agente que la acompaña se hallan de pie frente al agujero y observan con desgana los restos óseos encontrados por Isaac.

—¿Y si lo volvemos a enterrar y aquí no ha pasado nada? —dice el agente.

—Eso mismo les he dicho hace un rato —comenta Agustín con tono altivo y algo resabido.

—¡Qué manía con volver a enterrar otra vez el hueso! —manifiesta Santiago—. ¿Acaso no tenéis curiosidad por saber de quién se trata? Igual hemos descubierto las pruebas de un terrible crimen o a un antepasado del *Homo Sapiens*.

Margarita lo mira con desgana y añade:

—Santiago, con los pocos medios que tenemos, lo único terrible que hay es que voy a tener que hacer todo el trabajo yo solita.

Santiago la mira sin entender muy bien a qué se refiere. La agente suspira resignada y continúa:

—Antes de salir de comisaría, he hablado por teléfono con el juez, quien me ha dicho que no puede venir porque está pescando truchas no sé dónde. El secretario

judicial está con el juez. Y el médico forense no puede llegar hasta aquí porque, como sabéis, la única carretera de acceso al pueblo está cortada por los desprendimientos de rocas provocados por las lluvias de esta semana —a medida que la agente explica la situación, su resignación se va transformando en indignación—. Y para rematar la historia, ahora mismo tengo varios casos sobre la mesa que no avanzan.

—Vaya, no parece una situación muy alentadora —comenta Sofía.

—No lo es. De hecho, en estos momentos debería estar investigando el caso del zurullo encontrado sobre la mesa del salón de la viuda del general Martínez…

—¿La ciega? —interrumpe Sofía.

—Exactamente —dice Margarita.

—Seguro que ha sido el perro.

—¿Qué perro? —pregunta la agente frunciendo el entrecejo y mirando primero a Sofía y, acto seguido, al agente que tiene a su lado.

—Pues el que tiene desde hace ocho años —comenta Santiago—. Isaac y él son buenos amigos y corretean juntos por el parque todos los días. Lo suele sacar a pasear un vecino de la viuda, ya que ella no ve y está muy mayor.

Una breve parálisis invade el semblante de Margarita, al mismo tiempo que sus mejillas se enrojecen. La agente reacciona y dice:

—Gracias por el dato. Pero no penséis que esto cambia algo, porque todavía tengo otro caso que me tiene preocupada; más que nada, porque no sé por dónde narices tirar.

Ante las curiosas miradas de Sofía y Santiago, Margarita carraspea y comparte con ellos la información de que dispone.

—Es el caso del ojo de cristal desaparecido del farmacéutico. El pobre ha tenido que ponerse un parche para tapar la cuenca del ojo vacío y, como no le gustaban los parches de color carne que vende en la farmacia, no se le ha ocurrido otra cosa que ponerse uno de color negro, cedido por su sobrino de un disfraz de pirata que utilizó en carnavales. Al parche no le falta detalle, con su calavera y sus dos huesos en forma de X, todos de color blanco para resaltar sobremanera sobre el fondo negro. Incluso pensó el boticario en completar su atuendo luciendo el resto del disfraz de corsario, pero las hechuras de ambos no encajaban bien. Imaginad el efecto que produce verlo despachar en la farmacia con el parche puesto. Inquietud y recelo entre su clientela y, por supuesto, pitorreo, porque sé de buena tinta que algunos vecinos están preparando un loro de cartón para regalárselo. Mira que hemos buscado el ojo, pero no lo encontramos por ningún sitio.

—Nada se crea ni se destruye, sino que se transforma. Igual lo ha usado como cubito de hielo o como bola de petanca, y por eso no lo encontramos —el autor de estas palabras es el agente Bermúdez. Acompaña a Margarita en la mayoría de investigaciones y suele ser el encargado de recabar las pruebas en cada caso.

Tras un silencio algo incómodo, Santiago recuerda que el farmacéutico tiene una pecera bastante grande con infinidad de peces de todos los tamaños y colores.

—¿Habéis mirado en su pecera?

—Pues no —dice Bermúdez—. ¿Y por qué deberíamos haberlo hecho?

—Todos sabemos que el farmacéutico profesa un inestimable amor por los peces, que hace que cuando les va a echar de comer, se asome demasiado a la pecera. Y en una de estas… Plop… ¡Ojo al agua! —Santiago hace un gesto con la mano simulando la caída del ojo de cristal desde la cuenca.

Margarita considera la propuesta y apunta en su libreta «Mirar en la pecera».

—Gracias por la información. Revisaré ambos casos. A ver si hay suerte. En ese instante, suena el *smartphone* de Margarita.

—¿El juez por videollamada? ¡Qué raro! ¿Qué querrá? —dice mirando la pantalla.

Margarita pulsa el botón verde para aceptar la videollamada y ve un primer plano de la cara del juez, de cejas para abajo hasta la boca, que ocupa toda la pantalla.

—¿Margarita? ¿Se me ve? ¿Me oyes? —pregunta el juez.

—¿Qué sorpresa, señor juez? ¿Qué quiere?

—¿Has podido contactar con el forense?

—Sí, pero no puede llegar al pueblo porque ha habido un desprendimiento de rocas en la carretera y nos hallamos incomunicados. Nadie puede entrar ni salir del pueblo.

—¡¿Incomunicados?! Vaya, tendré que alargar mis vacaciones unos días más. Es una verdadera lástima —dice

con tono irónico—. Bueno, a lo que iba. Se me ha ocurrido que puedo ordenar el levantamiento por videollamada. ¿No hay telemédicos? Pues pondremos de moda los «telejueces». Como puedes ver, Margarita, soy un juez moderno, además de un visionario —dice con orgullo.

—¿Y eso es legal? —pregunta la agente.

—Lo importante es que pueda ver el lugar de los hechos y los hallazgos. Así que, venga, enséñame la zona, que ahora tengo algo de tiempo hasta que pique alguna trucha.

—Sí, señor juez. ¿Por dónde empezamos?

—Por donde quieras.

—Vale. Este es el perro responsable del descubrimiento…

—¡Qué mono, el perro! ¿Cómo se llama? —pregunta el juez—. Bonito, pusi, pusi…

—Isaac —responde Santiago con cara de no entender muy bien la situación.

—¿Y usted quién es? —pregunta el juez acercándose más a la pantalla. Ahora solo se le ve un ojo.

—Santiago, el dueño del perro.

—Encantado. ¿Dónde ha encontrado los restos el perro?

—Aquí —responde Margarita intentando enfocar con el móvil el agujero al lado del árbol.

—Solo veo una caca de perro.

—Es una raíz, señor juez —corrige Agustín.

—Pues parece una mierda seca —concluye su señoría.

—Este es el agujero —concreta Margarita inclinándose para acercarse más.

—Veamos… Acércate un poco más. Más. ¡Ahí! Perfecto. Parece una mandíbula humana. ¡Bien! Procede al levantamiento. Te nombro igualmente «forense» en este caso. Encárgate de todo. Adiós a todos —y, sin más, el juez concluye la videollamada.

Margarita permanece inmóvil enfocando con su teléfono hacia el agujero como si el juez aún estuviera al otro lado de la línea. No parpadea ni mueve un solo músculo. Parece como si le hubiese sobrevenido un ataque cataléptico. Finalmente, y dando un respingo, exclama:

—¡Bermúdez!

El agente aparece de inmediato y dice:

—¿En qué puedo serte de ayuda?

—Nos han asignado el caso.

Margarita empieza a tomar notas en su libreta, mientras el agente sale disparado hacia el coche. Al cabo de unos minutos, Bermúdez vuelve con los útiles necesarios y empieza con la recopilación de información.

—Bien, veamos. Al primero que voy a interrogar es al que ha descubierto los restos —comenta.

Santiago lo mira atónito y responde lo siguiente:

—Pues va a estar complicado, ya que, como bien sabéis, Isaac, nuestro PERRO, es el que descubrió los restos e hizo el agujero que veis ahí.

Al oír esas palabras, a Bermúdez se le ilumina la cara.

—¡No hay problema! —exclama—. ¡Por fin voy a poder usar el traductor *perro-humano* que he inventado! Se me ocurrió construirlo porque en el pueblo hay tantas cacas de perros por todas partes que pensé: ya que los

humanos no son capaces de recogerlas ni de ser cívicos, tal vez, si interrogamos a los perros, estos sean capaces de denunciar a los dueños irresponsables. Así que, si me hacen el favor de llamar al perro, voy a buscar el aparato al coche.

Margarita niega con la cabeza.

—No y mil veces no. Ya te he dicho que no vamos a usar ese artilugio. Lo que me imagino que ha pasado es que Isaac ha olido los restos óseos y se ha puesto a excavar para llegar a ellos. Tú ve documentando el hallazgo, que no tenemos todo el día —ordena Margarita mientras señala con su bolígrafo el agujero.

Bermúdez sopesa protestar. Sin embargo, la mirada irritada de su superior le indica que no es el momento de presentar alegaciones.

Para su sorpresa y gozo, Bermúdez descubre que va a poder utilizar uno de sus últimos inventos para documentar las pruebas del caso. Está de pie delante de los restos óseos y saca una cajita, la abre y en su interior hay lo que parecen ser tizas de diferentes colores. Margarita lo mira con cara de «a ver qué ha inventado este ahora».

Bermúdez observa los restos, se acerca un poco y mira su caja moviendo los dedos como si estuviera ejercitándolos antes de coger una de las tizas.

—Veamos —dice muy serio—, creo que en este caso utilizaré el color azul…

Margarita, intrigada, le pregunta, casi arrepintiéndose en el mismo momento de haberlo hecho:

—¿Por qué azul?

—Azul es el color para el asesinato —contesta Bermúdez como si fuera algo evidente—. Verás —prosigue—, he ideado un código de colores para clasificar los hallazgos. En función del tipo de situación, se dibuja la silueta con la tiza del color correspondiente. Tenemos el blanco para los objetos perdidos, el verde para objetos robados, el azul cuando se haya cometido un asesinato y el rojo en caso de suicidio —explica Bermúdez con gran orgullo, mientras señala la tiza correspondiente con su dedo índice—. Sin ir más lejos, la semana pasada le robaron el bolso a la señora García en el casino y apareció tirado en la cuneta de la carretera. ¡Me quedó una silueta preciosa! Hasta pude dibujar las asas y todo.

—Ya… —dice Margarita arrugando los labios—. Y ahora, ¿¿cómo vas a marcar con tiza en la TIERRA??

Bermúdez baja la mirada, observa el terreno y responde:

—Es cierto. Esto va a complicar un poco la tarea, pero ¡todo invento necesita perfeccionarse! No te preocupes, ya se me ocurrirá algo.

Margarita suspira temiendo más la solución que el problema. Habiendo escuchado las explicaciones anteriores, a cada cual mas descabellada, no se atreve a preguntar a Bermúdez por qué ha elegido la tiza azul solo con ver el trozo de mandíbula medio enterrada a los pies del árbol. Mejor dejarlo así.

Pasados unos minutos, Bermúdez ya tiene la zona acordonada y está haciendo las fotos para documentar el hallazgo. A lo lejos se oye:

—¡Vamos! ¡Una sonrisita! No seas tímido o tímida. Vas a salir muy bien —va diciendo mientras fotografía la mandíbula con la Polaroid.

Mientras Bermúdez culmina su tarea, Margarita se acerca a la familia y les comenta:

—Nos llevaremos los restos al laboratorio para analizarlos. Cuando sepa algo más, os lo comunicaré. Gracias por la información que me habéis dado. Me será de mucha utilidad. Hasta luego —se da media vuelta y se aleja cabizbaja en dirección al coche.

La verdad es que Margarita no tiene muchas esperanzas de sacar nada en claro de este caso, y casi habría preferido seguir buscando el ojo de cristal del farmacéutico *in aeternum* y que Isaac no hubiera hallado la mandíbula. Su especialidad es la seguridad vial y no dispone de la formación ni de los medios necesarios para llevar a cabo esta investigación. Además, carece de experiencia en casos similares ya que, afortunadamente, en el pueblo este tipo de descubrimiento es algo excepcional.

Lo que no sabe Margarita es que no estará sola para resolver el caso. Contará con una ayuda inesperada y nada usual, pero no obstante imprescindible.